

Corpus Christi

¡Lieja, nombre clarísimo de briosa modulación y metálicos ecos; refugio generoso del paisaje flamenco, con cielos encapotados de humo de fábricas, ámbitos fatigados con estrépito de martillos, calles y avenidas en el anhelante barullo de populoso emporio! ¡Lieja, la de hazañoso abo-lengo, facetada a golpes de heroísmo y esculpida a cincelazos de decoro; ciudad de incitantes dictados, espléndida en las ciencias y magnífica en deleites mentales, te evocamos hoy, día de místicas recordaciones, para arrancar de tu vida lujosos testimonios con qué decorar nuestros relatos!

Y te evocamos en toda la esplendidez de tu espíritu, en todo el decoro de tus días, en la excelente belleza de tu suelo; te evocamos en tus hijos, lustre y orgullo de la raza; en el Ourthe que corre apacible por entre suaves alcores vestidos de jardines; en el Mosa, surcado de naves mercantes, complicado de meandros, cruzado de simbólicos puentes donde palpita la historia; en el ceñudo Sainte-Walburge que reprime y soporta el poderío de tu arquitectura; en la florescencia de tus cúpulas, memoria estilizada de preté-ritas épocas. Allí San Pablo que canta en góticos acentos las grandezas del Medioevo: allí Saint-Jacques que se levanta desde 1014 decorada de platerescas filigranas y San Bartolomé, la románica basílica de anchas naves y sonoros carillones y el barroco templo de los benedictinos y San Martín, primera estación de nuestros pasos a través de una piadosa senda que, resueltos, iniciamos por en medio a sagrada procesión de monumentos.

Sombría liturgia llenaba un tiempo los oficios del Corpus; desnudez de galas y ausencia de pompas asistían a los santuarios; una música dolorida acompañaba los salmos y brotaban de las gargantas sacerdotales graves voces de tenebrosas inflecciones. En épocas remotísimas, tenía-se la

fiesta como fecha conmemorativa de la muerte de Cristo y se celebraban sus ritos en pleno Jueves Santo con todo el aparato de las ceremonias de Pasión. Mas, veremos enseñada que el cielo anhelaba para la solemnidad esplendores propios y día señalado y quería para ella jubilosas notas que exaltarán sin medida las glorias y amores del Dios hecho hombre.

Para sus fines, la Providencia se ha servido siempre de almas sencillas, limpias de toda ambición y vanagloria, que sean como reflejos fidelísimos, resonancias perfectas de la bondad divina.

Consumida de penitencias y ardiente de ascetismo, vivía en Lieja una monja agustina. Era Juliana de Cormellon, la de férvidas plegarias y arrobos infinitos. Entregada a la devoción, cierto día le sorprendió la tarde en el templo a esa hora lóbrega en que las vidrieras se opacan y se atristan los ventanales, a la hora de las leyendas en que los trasgos se cuelan por las rejillas y juegan sus bailes de sombras por entre columnas y altares.

Ajena era la monja a tanta confusión, pues ante ella, con fulgores milagrosos, brillaba una luna, sumergida de por mitad en tinieblas. Emblema extraordinario ese que rezaba un aviso de lo Alto donde lucía la claridad de las fiestas eucarísticas, borrada, en parte, por la ausencia de una fiesta que, año tras año, convocase el mundo católico a los pies del adorable Sacramento. Mas, ya llegaría la festividad deseada.

En sus arrobos, claras oyó la religiosa santísimas exhortaciones que la encargaban formalmente de propagar por el universo tan hermosas sugerencias. Tardía en su cometido, hubo de soportar Juliana, al realizarlo, multiplicados combates. Sin embargo, en 1242, desde Lieja, salió la promulgación del Corpus, dada por un concilio que convocara Roberto de Torote. Con todo, las respetables órdenes sólo tuvieron vigencia en 1247.

No eran únicamente para Bélgica las celestiales ansias por la particular celebración del Corpus; se extendían ellas a toda la cristiandad.

De anotar tenemos, como apunte de importancia notable, que, en sus primeras divulgaciones, la Beata de Cormellon había llamado a la generosidad de Santiago Pantaleoní, canónigo que era de San Martín. Con los años, alcanzó el prebendado la Silla Pontificia, bajo el nombre de Urbano IV y, muerta ya la monja, una amiga suya prosiguió con tesonero empeño sus propósitos. Ante Enrique de Guel-dres se presenta para que, como Obispo, solicite y obtenga la extensión del Corpus a todo el orbe. Ocurría aquello en 1261 y en 8 de septiembre de 1264, prometedora de indulgencias para la humanidad pecadora y constelada de bellezas, se esparce por el mundo la bula "Transiturus", imponiendo la festividad del Santo Sacramento.

Sobre una llanura que cerca el Mediterráneo se extiende Nápoles en lánguida actitud. Tiene su cielo eterno azul de ensueño que ilumina con brillos de cansancio una luz cálida y meridional. En esa región italiana vive la fantasía un paraíso de leyenda y el recuerdo trabaja con riqueza de elementos, espléndidos todos y de portentosa amplitud. Nápoles derrama ternuras, expresa delicadezas, es un idílico suelo. Sólo el Vesubio proclama allí altanería, envuelto a toda hora en la niebla ondulada de sus vapores. Sobre el paisaje aletargado de la Campania el silencio desgana dulzuras inefables que, a trechos, perturban los cocheros con sus gritos siniestros. En las tardes, las campanas esparcen desgarradores plañidos que lanzan sus quebrantos de rincón a rincón. Oigamos si no, por el Monte Casino, el lúgubre sonar de la esquila desde las profundidades de la Abadía.

Al lograr Juliana de la Iglesia el mandato pedido, con un clérigo amigo confeccionó, para beneplácito del Prelado, un oficio que, no obstante sus bondades, era impropio de adaptarse al rito romano.

Viajero de la Ciudad Eterna, estaba de huésped entonces en el monasterio del Monte Tomás de Aquino. Abundancia de méritos llenaba su nombre, por doctísimo pasaba y en

virtudes ostentaba quilates. Grandes metrópolis había cruzado, ufano con sus hábitos dominicos, ampuloso en figura y desapacible en donaires, pues hombre era de los que mezquinan al exterior los atractivos para aprisionarlos y hacerlos lucir en el alma. Rodeado de gloria le vio París, émulo de Alberto el Grande, en un "Ratio Studiorum", de cuidada aplicación, a que sus superiores le dedicaron. Apostólico e inflamado en amores divinos, se embebe luego, a ruegos de Raimundo de Peñafort, en una "Summa contra gentiles" para manual de misioneros. Y en Roma, la inmortal y sagrada, desenvolvía la opulencia de su saber como maestro de las escuelas en el Sacro Colegio, cuando su desprecio de honras le arrastró hasta el Mediterráneo para sacudir dignidades que sobre sus hombros se venían.

Desde largos días le asediaban los suyos con el señuelo del abadiato en Monte Casino y a conferenciar con el Prelado había venido hasta Nápoles. La ciudad del golfo azul, pródiga de silencios y rica en beatitudes, atraía como asilo del alma pero, mal podía quererla Tomás para encumbrados destinos: su modestia se resistía tenazmente. Y, ocupado en rechazar preeminencias, le visitó un mensaje de Urbano IV por el que le encomendaba la composición del nuevo oficio del Corpus. A ello concurrían la admiración del Pontífice por el teólogo eminente y el prestigio de poeta que acompañaba al dominico por las dependencias del Vaticano.

Bien nos figuramos al recatado fraile en zozobras inmensas por la designación recibida: A él que por renuncia de glorias se hallaba en Nápoles, perseguíanle preferencias y encomiendas del más alto poder de la tierra.

Y aquí tenemos al doctor de Aquino de rodillas ante el Señor Omnipotente, copiando en pinceladas de genio las bellezas del Eterno. Mientras tanto, en Albano, un Obispo-Cardenal vacaba en sus funciones para pulsar la lira de su misticismo y arrancarle el fervor de un dulcísimo himno. Era San Buenaventura, el teólogo del amor. Había de llegar un día en que se juntasen los dos poetas a enseñarse sus producciones. Entonces, el franciscano, víctima de la

emoción que la obra del dominico le produce, estruja y despedaza sin lástimas el fruto de su inspiración. ¡Encarecida alabanza, mudo tributo de entusiasmo que la tradición recoge como verde laurel sobre la frente del Angélico!

Santo Tomás creó el "Lauda, Sion", secuencia que despliega sus noblezas en los Oficios del Corpus. Goza ella de bélicos atributos, la acompañan marciales movimientos y cargan sus versos sonoridades de clarín. Es ese himno un galope guerrero y sus estrofas una salva de grandezas.

Rompe con una arenga robusta, llena, gozosa. Invita, conjura y manda a todo Jerusalén que eleve cánticos al jefe y pastor. Y la alabanza ha de ser infinita, poderosa con la fuerza de la audacia, porque a los doce hermanos, en la noche de la Cena, se ha entregado un pan vivo de vida eterna. Para tal manjar quede todo el elogio, para El todas las voces, para El alegría plena.

Luego se prolonga un toque de tambores que redoblan con prodigioso entusiasmo. De pronto, se detienen las cajas en seco e imperativo corte de paso: lo antiguo ha muerto, la verdad pone en fuga la sombra, la luz elimina la noche. Es ese un contenido de promesas, un acervo de esperanzas, una bienaventuranza perdurable. Y torna nuevamente la marcha, se repiten otra vez los redobles en cálidos y solemnes golpes que marcan la omnipotencia, advierten los prodigios y miden las bondades que la Eucaristía significa. Para la vida ha cesado el desconsuelo: poseemos el Cordero Pascual que es alimento de viajeros y pan de Angeles.

Y aquel fragor de combate, ese ruido de instrumentos, todo el alarde de guerra se aplaca, se amortigua y expira para sobrevivir, a la postre, sobre la majestad del himno una oración de súplica, de misericordia y perdón.

Nace con el origen de las naciones el amor de la danza y retrátanse en ella con fieles lineamentos los contornos todos del alma popular: se precisan sus perfiles éticos, dibújase el corte social y se descubren los más agudos filos de su religiosidad. En las mudanzas del baile impera siempre

un ritmo espiritual donde asoman y se desnudan los sentimientos del hombre. Así lo dictan, en las noches de luna, las razas australianas entre contorsiones de brazos y estiramientos lujuriosos del cuerpo; así lo atestigua la coreografía griega, sorprendente de arte, y lo publica el "Exodo", al describir las danzas del pueblo judío en rededor del becerro de oro, y lo dice el "Libro de los Reyes" cuando pondera y repite el gozo de David saltando frente al Arca, a su retorno al templo de Sion.

Contagiados como estaban de profundo paganismo, recelaba en un principio la Iglesia de aceptar en su liturgia los bailes. Mas, poco a poco, se impusieron a las costumbres y ya en el siglo IV nos pintan las crónicas multitud de fieles ante los templos entonando sus cánticos entre acompañados movimientos.

El carácter peculiar que en cada región de España reviste el baile, acredita, sin discusión, para la Península, una subida pasión por la danza. Así nos lo predica "el trenzado" que en Aragón se ejecuta entre un ir y venir de cintas, lucido juego de colores que va cantando la emoción de los danzantes, al compás de donairosos gestos; así nos lo gritan en Taragona las cuadrillas de Santa Tecla, reviviendo episodios históricos donde al baile se mezcla la declamación frecuente; y así lo acredita el "baile de las danzas" que, a la bulla de panderos, se festeja cada año en Tolosa la vasca para conmemorar el triunfo de López de Oñez.

Con el siglo XVII, y amparados por Felipe IV, los bailes asaltaron el teatro. Introducidos fueron a los asuntos alegóricos que constituyen los Autos Sacramentales y, tocados de la esplendidez de Lope de Vega o de la arrogancia que Calderón de la Barca infundiera a sus dramas, entretenían las ceremonias ante la Eucaristía con ocasión de las fiestas del Corpus. Inferior en grandeza, es cierto, pero rebotante de análogo sentido, vemos en Santafé de Bogotá, por igual época, danzar al pueblo en sus fiestas religiosas, al son de tamboriles y dulzainas. Ceremonia fue esa que, aunque conocida entre nosotros para cierto género de regocijos, importó de la Península Fray Cristóbal de Torres

para la fiesta del Corpus. Quizás nos la trajera de su tierra de Burgos donde sí es viva la danza y sagrada la tradición, o acaso se la inspirase Toledo, la magnífica, por donde había vivido enseñando la Prima Teología.

Estamos en 1635 y en Santafé de Bogotá. Cruel desolación invade los corazones y un manto de luto entenebrece las almas: víctima de la peste, ha fallecido el Prelado, ha desaparecido el santo, ha muerto don Bernardino de Almansa, varón de virtudes y Arzobispo de ciencia. De todos fue querido, que proverbial se hizo su celo y alcanzó resonancias su caridad. Persiguió, con todo, el furor de don Sancho Girón, Presidente del Nuevo Reino, que pretendió, sin lograrlo, reducir a sus caprichos y someter bajo su imperio al Pastor benemérito.

Mas, corta vida tuvo la desolación de la grey santafereña, pues, para Arzobispo, don Felipe IV presentó, muy luego, ante el Papa, el nombre de Cristóbal de Torres.

Dominico era el designado y Prior muy ilustre del Convento de San Pablo de Burgos. Su esclarecido talento habíale elevado al cargo de Lector de Artes en la vieja capital de Castilla y a Catedrático de Prima Teología en el Convento de Toledo. La fama de sus glorias atrájole la admiración del Obispo de Córdoba y en Andalucía le vemos luego como Limosnero Mayor de don Diego de Mardones. Acosado de inquietudes, el señor de España, Cardenal Duque de Lerma, constituyóle su confesor y, llegada la desgracia, en compañía del fraile marchó al destierro el Ministro. Por Real Título permaneció Fray Cristóbal en la Corte, hecho Predicador de los Monarcas, y fue para Margarita de Austria confidente y consolador. Pero el Nuevo Reino ardía en disenciones y, carente su capital de un padre espiritual, urgía imponerle un hombre esclarecido que afrontara y limase las asperezas existentes. Y el Monarca no paró mientes en las repugnancias del dominico y le hizo embarcar con rumbo a la América.

Posesionóse Fray Cristóbal de su silla en 1º de octubre de 1635, y, desde luego, manejó su rebaño con cayado

de paz, de dulzura y comprensión. Se restableció la tranquilidad, reinó la concordia y la piedad dominó las almas.

De primera labor tocóle resolver, a favor de su Orden, una reiterada petición, que los Predicadores tenían, para administrar el templo y fomentar el culto de la Virgen de Chiquinquirá. Las tuvo enseguida con el Presidente Martín de Saavedra, quien, aliado a clérigos de buen vivir, pretendía arrebatar al Prelado la provisión de curatos. Y triunfador en ese primer combate, tras de muchas cuitas, venció otra vez al Magistrado ante el Consejo de Castilla en debatido pleito que el Presidente le movió al Arzobispo por asuntos que tocaban con los honores de etiqueta.

Mientras todo aquello, clamor angustiado brotaba del pecho de los indígenas quienes, hijos de Dios como todos los súbditos del Reino, carecían, sin embargo, por incuria de los encomenderos, del Pan de los Angeles. Sublevóse la caridad del Pastor ante tamaña injusticia y propúsose demostrar, sin reticencias, que eran los indios seres capaces de disfrutar del Sacramento con igual preparación y en las mismas disposiciones que el resto de sus ovejas. Emprendió, pues, las funciones de catequista, instruyó a sus pobres fieles en los principios de la Religión y les hizo partícipes a la mesa eucarística.

Gratos fueron los indios al Arzobispo, por lo que, a su regreso de Gachancipá y de Toca, obtuvo un bello tributo consistente en una mitra de paja de que usó Fray Cristóbal en las mayores solemnidades. El ornamento se guardaba con suma veneración, hasta pasado el año de 1863 en que desapareció, envuelto en los trastornos que la política de entonces infligió al Instituto.

Su acción con los indígenas nos relevaría de más comentarios alrededor de la piedad del fraile por el Misterio de amor, si el tema que nos ocupa no exigiese de parte nuestra recalcar sobre conocidos motivos. Porque, amén de su obra, bautizada de "Lengua Eucarística del hombre bueno" en el subido estilo gongorino que la anima, rótulo que, en modo llano, nos expresa: "Lengua del hombre bueno que da gracias a Dios", amén de eso, decimos, debemos al

dominico, como fundación memoriosa, el establecimiento en nuestra patria de la solemnidad del Corpus. Y no así como así, pues la impuso rica en las pompas de que gozaba en la Península.

Cortejaban el palio los ministros de la Audiencia, las varas las portaban los notables de la ciudad y, tras del clero, en concurso cerrado, formaba el pueblo, religioso y edificante. A trechos del camino señalado para la procesión, erigíanse, como lo vemos hoy, altares que el gusto de la época ornamentaba de abigarradas cintas, de groseros festones y burdas flores de papel. Frente a las aras, desenvolvía su entusiasmo el pueblo, en bailes regionales, muy otros a "la gallarda", a "la zarabanda" y a "el fandango" que en España se estilaban. Eran las nuestras danzas de conjunto, sin mayor simbolismo, que obedecían a música de chirimías, de tamboriles y caramillos, música aborigen, plagada de melancolías y rebosante de uniformidad, música huérfana del trémolo de guitarras que en Andalucía escuchan las rejas, del dulzor de las gaitas, aires de Asturias y de la Galicia, de la emoción de castañuelas que tensiona las almas en los predios de la Vasconia.

Pero algo más atesora nuestras referencias: Fray Cristóbal exigió para la Catedral servicio especial en las fiestas del Corpus y también el primer altar del Santísimo para el Metropolitano. Fundado ya el Colegio, "en reconocimiento a las mercedes divinas", decidió el Prelado que el tabernáculo del Rosario fuera el repositorio inicial en la procesión. Tal práctica se cumplió por largo tiempo hasta que desgraciadas circunstancias robaron al claustro sus derechos. Y, entonces, volvió a su vigor la primera voluntad del Arzobispo. Radica allí el secreto del lujoso sagrario que el Gobierno Eclesiástico levantaba ante la puerta mayor de la Basílica Primada.

No admira, en verdad, que, vivo Fray Cristóbal, persistiera tan invariable para el Corpus el ritual de tradición. Arzobispo como era, el dominico impondría cada año sus reglas. Lo sorprendente sí es que, muerto el fundador, nada se variase en las formalidades, máxime, en carencia de una

constancia escrita. Pasaron dos siglos y ocupó la Rectoría del Rosario Francisco Eustaquio Alvarez. Poco devoto debía de ser aquel hombre y, sin embargo, cuidadoso de que no sucumbiesen el culto y las reglas a él adscritas por el Prelado, con licencia previa de la Conciliatura, por medio de un Acta que guarda el Colegio en el baúl de Nariño, recogió todos los detalles del ceremonial primitivo.

Ordenan ellos que arranque el desfile de la Catedral y suba por lo que es hoy carrera 6ª hasta frente a la Capilla del Rosario donde los estudiantes, luciendo en la mano velas de a seis reales el mazo, en calle de honor esperarán la llegada del Santísimo. Una vez allí, los Colegiales avanzarán a tomar de manos de los caballeros que las conduzcan, las varas del dosel. Los Consiliarios, provistos de incensarios, zahumarán al Señor que tan triunfalmente se digna visitar el claustro. La Eucaristía permanecerá a la adoración de los fieles un rato de tiempo en el monumento de la iglesia y, al salir a engrosar otra vez la formación, lo hará por la mampara de cuero (que existía en otra época, cubriendo la puerta que da acceso al Colegio por la parte del fondo). Tomará el corredor sur de la casa y alcanzará la calle 14 por el portón del edificio.

Desde 1910, Jesús Sacramentado no recorría en triunfo los amplios claustros del hogar de Fray Cristóbal. Tras de larga interrupción, como queda dicho, tornóse aquel año a la práctica de la tradicional procesión por el Colegio, a fuerza de las circunstancias que tenían en reformas la carrera 7ª para la celebración del primer centenario de la Independencia. Ahora, en 1936, por honrosa decisión que, en nombre del Instituto, agradecemos fervorosamente, el Venerable Capítulo Metropolitano y S. E. don Ismael Perdomo, a la cabeza, devolviéronle al Rosario sus perdidos privilegios e implantaron otra vez, definitivamente, el viejo ritual del dominico.

ALFREDO DELGADO PLAZA.

Estudiante de Bachillerato en
Filosofía y Letras en este
Colegio Mayor.